

JJ BENÍTEZ

EL DIARIO DE ELISEO

CABALLO DE TROYA

CONFESIONES DEL SEGUNDO PILOTO



J. J. BENÍTEZ

EL DIARIO DE ELISEO
CABALLO DE TROYA
CONFESIONES DEL SEGUNDO PILOTO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© J. J. Benítez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones del interior, archivo del autor, © Gradual Map,

© Iván Benítez

Primera edición: octubre de 2019

Depósito legal:

ISBN: 978-84-08-21560-8

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión:

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ʿEliša

Aquella mañana del 19 de agosto de 2011, Blanca acudió a Correos, en Barbate.

Era lo acostumbrado.

Vivíamos entonces en Ab-bā, a 19 kilómetros de la referida población gaditana, en el sur de España.

Revisé las cartas. Quince en total.

Una de ellas me capturó al momento.

No presentaba remite. Aparecía matasellada en Dallas (USA).

Constaba de cuatro folios, escritos en ordenador, y con una pulcritud exquisita.

Los filos de cada hoja se hallaban remarcados por una fina línea azul.

El firmante se identificaba como ʿEliša (Eliseo en hebreo), el militar norteamericano que acompañó a Jasón, el mayor de la USAF, en la operación Caballo de Troya.

Y proporcionaba una colección de datos que sólo el mayor y yo conocíamos.

Quedé desconcertado.

Leí y volví a leer.

No cabía duda. Aquella información era confidencial. Jamás fue publicada. Pertenecía a mi intimidad...

Pero la razón se presentó al instante: «¿Me encontraba ante la carta de un bromista? ¿Quizá ante un loco?».

La intuición también se dejó oír: «No es posible... Los datos que aporta son precisos y concretos».

Uno, en especial, me llegó al alma...

Durante una de mis visitas al Yucatán, en el otoño de 1980, el mayor de la USAF y yo paseamos por el prado que rodeaba la pirámide de Kukulkán, en Chichén Itzá. Hablamos de muchas cosas. Jasón preguntó si amaba a alguien. Le miré, sorprendido. Y le confíé que, una vez, cuando contaba catorce años de edad, me enamoré de una barbateña llamada Mía. El mayor escuchó, sonriente, y susurró: «Eso fue amor, con minúsculas». Sinceramente, no comprendí.

Eliseo, en su carta, invocaba el nombre de Mía y la conversación sostenida en 1980 con el mayor. ¿Cómo pudo saberlo? En aquellos momentos estábamos solos... Obviamente, Jasón se lo contó.

Recuerdo que esa tarde nos reunimos con Paqui Sánchez y su familia en el restaurante Mama Mía, en las proximidades de Zahara de los Atunes (Cádiz, España). Paqui contó algunas de sus experiencias con una prima suya, ya fallecida. Rosa Paraíso también fue testigo.

La verdad, yo sólo pensaba en la carta del supuesto Eliseo.

La estudié durante días.

El castellano era aceptable. Presentaba algunos giros de origen mexicano. La información —como digo— sólo podía proceder del mayor... Durante mucho tiempo —antes de recibir la misiva de Eliseo— me había preguntado por qué el mayor de la USAF no me hizo llegar la información contenida en la segunda «perla

negra»; la que le entregó Eliseo en el mar Muerto en octubre de 1973.¹

En uno de los viajes a México busqué a Laurencio Rodarte, el hombre que acompañó al mayor hasta su muerte, y pregunté por la referida información. No sabía nada. Pero el Destino estaba atento...

Cuatro meses después de esta inquietante carta de Eliseo —tras un largo viaje por América— me encontré con tres nuevas misivas de Eliša. Yo mismo las recogí en el apartado 141 de Barbate. Era el 15 de diciembre de 2011.

Habían sido mataselladas en Florida (USA). Tampoco figuraba el remitente.

Las misivas, como la anterior, aparecían firmadas con un escudo «Eliša».

En total, doce folios, igualmente escritos con ordenador.

En esencia, mi comunicante explicaba lo siguiente:

1. El mayor no llegó a imprimir en papel el contenido de la mencionada segunda «perla negra». Y no pudo hacerlo —según Eliseo— porque el «avispero»² fue desmantelado y la «perla», incautada.
2. En diciembre de 1974, el mayor huyó. Tal y como explicaba en *El día del relámpago*, Jasón había recibido una oferta del general Haig, nuevo jefe del proyecto Swivel, para capitanear «Rayo negro». Al regreso de la operación de captura de Eliseo, el mayor recibiría la licencia definitiva de la USAF (con el grado de coronel) y

¹ Amplia información en *El día del relámpago*. (N. del a.)

² Amplia información sobre el «avispero» en *El día del relámpago*. (N. del a.)

una compensación de dos millones de dólares, «en concepto de daños físicos y mentales». Pero Jasón renunció a «Rayo negro». Y escapó de Estados Unidos, amparándose en una falsa identidad.

3. Durante 1975, y parte de 1976, Jasón permaneció «desaparecido». Trabajó en leproserías de Brasil y Madagascar.
4. Tras no pocas dificultades, Eliseo consiguió contactar con el mayor. La exesposa del segundo piloto fue clave.

La última carta finalizaba con un anuncio que me inquietó:

«... Le llamaré el 13 de marzo (2012)».

Aquellos tres meses fueron un sinvivir.

Estaba convencido de la autenticidad de las cartas, pero, por otro lado, no terminaba de entender. ¿Por qué Eliseo se dirigía a mí? ¿Qué buscaba? Yo había cumplido lo pactado con el mayor. La información fue publicada (siguiendo las exigencias de Jasón).

Estudí las cuatro misivas con lupa.

No conseguí hallar una sola pista...

Tentado estuve de mostrarle los folios a Blanca, pero me contuve. Entendí que se trataba de un problema de seguridad.

Y esperé. No podía hacer otra cosa.

Una mariposa blanca

Aquel 13 de marzo (2012), martes, se presentó un fuerte viento de levante.

Leo en mi diario: «Primer día de absoluta soledad. Blanca ha viajado a Nepal... No tengo con quien hablar, aunque no es necesario. El nuevo libro me ocupa todo el tiempo».

Los pensamientos me seguían a todas partes. Eran muchos. Parecían peleados entre sí...

Y a eso de las once de la mañana hice un alto en el trabajo y me preparé un segundo café.

Lo había olvidado...

Sonó el teléfono fijo y alguien —una voz extraña— preguntó por mí. Hablaba en un aceptable castellano. Era una voz joven, decidida y, al mismo tiempo, afa-
ble.

—Soy Eliseo —se presentó. Noté que dudaba—..., el segundo de la operación Caballo de Troya.

Quedé perplejo. No supe qué decir. Y regresó la idea del bromista. Pero no...

—Supongo que ha leído mis cartas —intervino.

—Sí, claro —balbuceé.

—Usted recibió una importante información... Y, por lo que sé, el tratamiento fue impecable.

Guardó un breve silencio y prosiguió.

—Tengo algo para usted...

—No entiendo.

Volví a dudar.

—Sé lo que está pensando —se adelantó el supuesto segundo oficial.

—Bueno, en realidad —admití—, no sé quién es usted.

Rectifiqué al instante:

—Mejor dicho: no estoy seguro...

Escuché una lejana risa.

—Es natural —aceptó—. Yo, en su lugar, me comportaría de la misma manera.

Y pasó a proporcionarme nuevos datos sobre Jassón, el mayor de la USAF. Datos que sólo yo conocía.

Noté cómo las piernas me temblaban.

Después fue directo al grano:

—Necesito que viaje usted a Noruega...

Quedé mudo.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí, sí...

Y pregunté:

—¿Ha dicho Noruega?

—Noruega... Es importante para usted, para mí, y para el mundo...

Seguía sin comprender.

—Pero ¿de qué se trata? —intenté sonsacarle—. ¿Por qué Noruega?

—Confíe...

Aquella palabra me tocó el alma. Yo la había leído en los diarios del mayor. Era una de las favoritas del Maestro.

Y el supuesto Eliseo fijó una fecha: 30 de mayo de ese año (2012).

—Pero, no sé... —me resistí.

—Tengo algo para usted —cortó—. Creo que le interesará.

—¿Qué? —presioné.

—No debo hablar de ello por teléfono... ¿Me comprende?

La intuición pasó a mi lado, de puntillas, y dijo «sí» con la cabeza.

No lo pensé más. Acepté.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Tome nota, por favor...

Y el supuesto Eliseo procedió a enumerar una serie de instrucciones. Fui anotando: agencia en la que debería tramitar el pasaje, lugar de encuentro, en Noruega, fecha y hora, entre otras recomendaciones.

Al terminar me pidió que revisara lo escrito. Así lo hice:

—Treinta de mayo... A las doce del mediodía frente al café Toget, en el puerto de Flâm, en Noruega... Cerca del café hay una cabina telefónica de color rojo... Aguardaré su llamada...

—¿Hora? —preguntó con frialdad.

—Doce en punto...

—Afirmativo.

—No viajaré solo —intervine, haciendo referencia a Blanca, mi esposa.

Eliseo parecía esperar el comentario.

—No se preocupe —replicó con seguridad—. Siga las instrucciones. Busque una excusa para permanecer solo junto a la cabina telefónica. Eso es todo.

Repasamos de nuevo las instrucciones y terminó la conversación con la familiar palabra:

—Confíe...

Necesité tiempo para reaccionar.

¿En qué nuevo lío acababa de meterme? Noruega está lejos. ¿Qué excusa buscaba? Algo tendría que decirle a Blanca...

Olvidé el libro y bajé a la playa. Necesitaba pensar.

Al verme, el viento de levante arreció. Sacó los puñales y se arrastró por la arena. No me importó.

Y seguí pensando: «Tengo algo para usted... Creo que le interesará».

Fueron las frases que seguían flotando en la memoria. El resto casi no importaba.

¿Qué tenía Eliseo —o el supuesto Eliseo— para mí? Lo pensé todo.

¿Nueva documentación sobre Caballo de Troya? ¿Algo especial sobre la vida de Jesús de Nazaret? ¿Información secreta sobre el proyecto Swivel? ¿Alguna carta de Jasón?

Tenía que arriesgarme. Tenía que viajar a Noruega y despejar las incógnitas.

Y empecé a maquinar algunos planes que me permitieran llevar a cabo el citado viaje. Por supuesto, en caso de oposición por parte de Blanca, me las arreglaría para viajar solo.

Después llegaron los reproches. Y me calificué de «confiado, estúpido e inútil».

Y así discurrió el resto de la mañana.

A eso de las 17 horas, cuando me hallaba trabajando en la huerta, levanté la mirada hacia el cielo azul y solicité una señal:

—Por favor, querido Padre Azul, ¿debo viajar a Noruega? Dime algo...

Y continué regando.

No había transcurrido ni un minuto cuando apareció aquella bella mariposa blanca. Se posó en los rosales y, sin querer, la mojé. Intentó remontar el vuelo,

pero no pudo. Sentí piedad. La rescaté del charco en el que permanecía y, delicadamente, la deposité sobre una piedra.

Y yo seguí a lo mío, en plena pelea con las hierbas malas.

De pronto, la mariposa remontó el vuelo. Y se aproximó a este torpe agricultor. Me regaló un par de vuelos —a la pata coja— y fue a posarse sobre mi mano izquierda.

Mensaje recibido.

Después se alejó, feliz.

No tuve dudas: viajaría a Noruega...